

del público potencial que ha de ser motor de toda auténtica experiencia renovadora, coadyuvando a la transformación social que haga posible la participación real de ese público y su acceso a la cultura.

Desde «El Mirlo Blanco» o «El Cántaro Roto» hasta los teatros independientes, surgidos como germen descentralizador en Sevilla, Bilbao, Zaragoza, Tarrasa, Valladolid, La Coruña, Gijón, etc., muchas cosas han pasado y, no obstante, cuántos conceptos siguen formulándose de igual manera y si cambian o se amplían, se debe más a nuestra propia dinámica histórica que a una variación real de los condicionantes de todo tipo que pesan sobre la práctica del teatro en nuestro país. En muchas cosas seguimos desgraciadamente sujetos al pasado. Individualmente somos incapaces de cortar amarras, necesitamos de algún modo intervenir en nuestra propia historia para conseguir que la reforma del teatro español no sea una vez más deleite de la *intelligentsia* avisada, sino proceso de reconstrucción de todo un pueblo, de una comunidad consciente y segura de sus derechos.—JUAN ANTONIO HORMIGON (*Jorge Cocel*, 3. ZARAGOZA).

LA ALIENACION DE LA SOLEDAD EN «EN EL SEGUNDO HEMISFERIO», DE ANTONIO FERRES

La carrera novelística de Antonio Ferres, autor que puede incluirse en la «Generación de Medio Siglo» o en la «Generación Inocente» (1), se caracteriza por el cultivo de una literatura esencialmente testimonial —no documental—; en él la obra de ficción no sólo refleja el medio social donde ésta se desarrolla, sino que sirve como forma de conocimiento de la historia. El mejor ejemplo del realismo social practicado por este novelista lo constituye *La piqueta* (Editorial Destino, 1959), relato donde aparecen armoniosamente combinados el elemento social —demolición de chabola de campesino emigrado al extrarradio madrileño— y el lírico —amor que de esta destrucción nace entre los jóvenes Luis y Maruja—. Las mismas calidades poéticas y objetivistas pueden observarse en *Viaje a las Hurdes* (Editorial Seix Barral, 1960), obra que animó a Ferres a recorrer el mapa de la geografía

(1) JOSÉ MARÍA CASTELLET: «La novela española quince años después», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* núm. 33 (noviembre-diciembre 1958), p. 51. «Toda nuestra generación está marcada por la guerra civil. Los que fuimos niños en la guerra somos una generación auténticamente inocente.» Declaraciones de A. Ferres a Antonio Núñez en la entrevista, «Encuentro con Antonio Ferres», *Insula*, núm. 220 (marzo 1965), p. 6.

española para ponerse en contacto con el dramático vivir del pueblo. Fruto de esta tendencia fue *Tierra de olivos* (Editorial Seix Barral, 1964) y últimamente *Mirada sobre Madrid* (Editorial Península, 1967), donde la crítica social deja la zona periférica de la capital española para introducirse en el corazón de la urbe. La guerra civil española—que el novelista vivió a los doce años— ha dejado huella profunda en todos sus escritos, especialmente en la trilogía *Las semillas*, cuya primera parte, *Los vencidos* (Editions de la Librairie du Globe, 1965), es un estudio del trágico mundo de los vencidos en la guerra civil entre los que se encuentra el marido perdido, que la protagonista busca entre los presos y gentes del Madrid de postguerra.

La tendencia objetivista de testimoniar la circunstancia española, el realismo crítico de Ferres de denuncia de los valores del sector de la burguesía española, ha sufrido una evolución hasta llegar a su obra *En el segundo hemisferio* (2), novela donde aparece superada la visión parcial de su crítica del vivir nacional.

El título, como el contenido y la forma del relato, es polisémico. Etnicamente aparecen reflejados en *Segundo hemisferio* dos mundos: el de la ética anglosajona de Nancy, el personaje central, y el mexicano, representado por su amigo Arturo. Las dos partes a las que el término hemisferio alude están íntimamente relacionadas, como luego veremos, con el problema esquizofrénico de la protagonista y el medio donde ésta se encuentra ubicada, mundo que, a su vez, aparece escindido en dos mitades: el de los locos (alienados) del hospital, y el de los legalmente sanos situados fuera del manicomio. El escritor, por su parte, ha de crear un mundo imaginario —el de sus personajes— en el que temporal y paradójicamente se enajena para una mejor intelección de los problemas de orden existencial. Este distanciamiento que de sí mismo efectúa el novelista, sumergiéndose en la conciencia del personaje para mejor situarse en su problemático mundo, constituye también un «segundo hemisferio».

LA CUESTIÓN TEMPORAL

En el segundo hemisferio trata de la destrucción física y psicológica de un tiempo (conciencia), así como de la reconstrucción de éste por parte del personaje —narrador desde un tiempo presente—, su única certidumbre («Pero yo conservo la certidumbre de ser un cuerpo vivo que sólo tiene tiempo presente. Algo queda además del milagro

(2) *En el segundo hemisferio* (Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1970). Los números que en paréntesis aparezcan a través del texto se referirán a esta novela.

de las palabras», p. 175). La acción dura lo que las palabras que Nancy escribe en la cabina telefónica a su salida del hospital donde fue internada para tratamiento psiquiátrico después del tornado de 1966, único dato real e histórico que, junto a las crónicas periodísticas, le ayudan a reconstruir su pasado desde el presente. El acto de tener conciencia de la duración es prueba de la existencia, ya que existir es cambiar, durar en el sentido de tratar de comprender lo que pasó, más que de aportar datos a la memoria. Nancy escribe y llena hojas para recuperar el significado de las palabras, única forma de liberalizar, salvar el pasado, la memoria (3) de la completa destrucción que emblemáticamente representa el tornado. «Siempre fallaba todo y la vida era como una suma de encuentros fortuitos de fracasos y frustraciones que sólo era capaz de unir el milagro de las palabras y la credulidad» (p. 181).

El novelista aspira a la totalidad, es decir, a reunir los aislados, incompletos, fragmentados momentos de la vivencia del personaje en una unidad superior mediante la síntesis —no ordenación— de la duración interna del personaje, es decir, captando su realidad interna y externa, única forma de aprehender su personalidad completa.

La disociación de los diversos estados de conciencia de Nancy, cuyo proceso vital conocemos a través de las recordaciones provocadas por las preguntas-estímulos del psiquiatra, explica la ruptura formal o aparente de desestructuración de la novela (4).

En el proceso de identificación de su psicosis va Nancy más allá del recuerdo de las personas que conoce, e imagina seres y acciones que podrían haber existido como si quisiera perpetuar el recuerdo, lo único perecedero de cuya conservación depende su propia salvación. La memoria voluntaria (razón) e involuntaria aparecen conjugadas, y en esta última es donde los recuerdos pasados y presentes se mezclan con más frecuencia en el proceso rememorativo de la protagonista. Por su parte, el inconsciente, el *id*—que tan importante papel juega

(3) «Olvidar es también perdonar lo que no debe ser perdonado si la justicia y la libertad han de prevalecer. Tal perdón reproduce las condiciones que reproducen la injusticia y la esclavitud: olvidar el sufrimiento pasado es olvidar las fuerzas que lo provocaron sin derrotar a esas fuerzas. Las heridas que se curan con el tiempo son también las heridas que contienen el veneno. Contra la rendición al tiempo, la restauración de los derechos de la memoria es un vehículo de liberación, es una de las más nobles tareas del pensamiento humano.» HERBERT MARCUSE: *Eros y Civilización* (Barcelona. Seix Barral, S. A., 1969), p. 214. Traducción de JUAN GARCÍA PONCE de *Eros and Civilization A Philosophical Inquiry into Freud* (Boston. Beacon Press, 1953).

(4) La forma es cuestión existencial u ontológica en nuestra época donde el novelista se preocupa por el análisis de la problemática del ser, su existencia en un mundo donde los valores han perdido su validez. La dualidad vida-forma ha desaparecido, y esta última es expresión de lo más íntimo y personal del autor, de su libertad.

en la vida psíquica de Nancy— tiene un dinamismo, quizá por su carácter primitivo e irracional, que no conoce pauta o medida temporal, ni los efectos del tiempo sobre el proceso psíquico.

EL PROBLEMA DE LA ALIENACIÓN

El tipo de desorden psicosocial —alienación— de Nancy se manifiesta en tres planos íntimamente relacionados entre sí: *a*) extrañamiento de sí misma (problema de la identidad); *b*) extrañamiento de los otros (problema de la incomunicación); *c*) extrañamiento del mundo.

Nancy, a causa de la rígida disciplina moral impuesta por el superego familiar, aparece privada de la capacidad para realizar su felicidad. Su esquizoide personalidad provoca la disociación de sí misma y de los otros en un mundo moralmente destruido (5), emblemáticamente representado por el tornado que ha arrasado su vida. Sin embargo, no se resigna a la muerte de su yo ni del mundo y lucha contra la amenazante nihilidad deseando que exista algo: «Pero algo tenía que existir, como ahora mismo tiene que existir algo» (p. 174). El problema de Nancy a través de todo el relato es el de preservar su precaria identidad frente a lo inhumano de la sociedad.

Amenazada por el mundo exterior se replega en sí misma creando su propio mundo fuera de la realidad, alienándose objetivamente, es decir, convirtiéndose en el único objeto para sí. La insatisfacción de la autoalienación le lleva a separarse de todo y todos que resulta en la forma de enajenación más típicamente humana: la alienación de la soledad.

La imposibilidad de separar la alienación individual de la social nos lleva a la consideración más importante del efecto de la alienación que constituye el tema central de *Segundo hemisferio*: la soledad, sentimiento que a todo nivel experimenta Nancy: «Es lo que suele ocurrir siempre, porque estamos realmente muy solos y muy naufragos y perdidos, solos en medio de un mundo enorme» (p. 121).

La comunicación auténtica sólo puede ser establecida espontáneamente y Nancy, debido a las restricciones morales y sociales impuestas por la institucionalizada autoridad familiar, así como por el medio alienante, vive en un permanente estado de escisión caracterizado por la inautenticidad de toda su comunicación personal, ya que la falta de relación con ella misma se refleja en la carencia de relación con los otros. Nancy se nos aparece siempre ocultándose a los otros, sis-

(5) «In the schizophrenic state the world is in ruins, and the self is (apparently) dead.» R. D. LAING: *The Divided Self* (Penguins Books Ltd., 1970), página 85.

tema defensivo del esquizofrénico o introvertido, el cual teme ser dominado por los otros al perder su identidad, dándose en la amistad, en el amor (6). Esta permanente ocultación de sí misma se convierte en segunda naturaleza, que elimina completamente la posibilidad de cualquier tipo de contacto personal: «Me gusta despersonalizarme, despersonalizarme más y más a su lado. Eso: DESPERSONALICÉ-MOSNOS si es que estuvimos personalizados alguna vez» (p. 133). La forma favorita de la incomunicación es el silencio: «Pero hay que callar si quieres estar a bien en alguna parte» (p. 135).

Nancy se nos aparece como una chica tímida, introvertida, con un padre que la abandonó y una madre que se consume esperando la incierta vuelta de su esposo. Su familia está dotada de un puritanismo anglosajón con una moral judeo-cristiana donde la vida de los instintos es pervertida y restringida, creando en la joven Nancy una mala conciencia, culpa por pecado, a causa de no haber satisfecho con su conducta el juego de las normas de la familia. La cosificación de Nancy bajo la regla impuesta —recuérdese al respecto las graves implicaciones psíquicas que la ceremonia del bautizo dirigida por el abuelo Edward tiene sobre ésta— le impide realizarse de una forma total, libre. La madre también juega un papel fundamental en las formas de represión a que se encuentra sometida Nancy, como lo prueba el obsesionante recuerdo de la escena en que la madre espera a la hija, que llega tarde a casa, *sucia de pecado*.

El yo, según Freud, queda entre dos frentes: el *ello*, erótico, destructivo, y el mundo externo. La represión que del *ello* hace Nancy se traduce en un impulso agresivo —reflejado en el supuesto asesinato de su madre— que expresa la impotencia de su yo ante la coerción ejercida por las fuerzas del *superego*. La gratificación erótica que Nancy tiene con el frío y deshumanizado Arturo no es en modo alguno liberación, sino simple desplazamiento de la presión y agresión familiar contra la colectividad, representada en este caso por Arturo. Esta agresión, aunque determinada por la soledad, es el resultado de los fuertes vínculos de dependencia familiar a los que Nancy se vio subyugada (7).

(6) «In fact, as we have said, pretence and equivocation are greatly used by schizophrenics. The reasons for doing this are, in any single case, likely to serve more than one purpose at a time. The most obvious one is that it preserves the secrecy, the privacy, of the self against... Despite his longing to be loved for his «real self» the schizophrenic is terrified of love. Any form of understanding threatens his whole defensive system.» R. D. LAING: *The Divided...* p. 163.

(7) «Dependence and aggression are indissolubly linked; for to be dependent upon another person implies some degree of restriction by that person. Restriction, as one form of frustration, evokes aggression... Aggressiveness is at its maximum when dependence (and hence inequality) is at its maximum; as development proceeds it becomes less important till, at the point of maximum develop-

Las exigencias del *id*, coartadas por el *superego*, se rebelan contra el *ego* y el mundo externo. Rechaza, pues, Nancy el eros *normal* —el procreativo representado por la moral de su familia— aspirando a una nueva realidad sexual que ha de buscar muchas veces en la fantasía erótica (8), plano donde cree poder realizarse libremente sin miedos ni represiones. Esta falsa fórmula de combatir la incomunicación —alienación amorosa— se basa en una errónea dialéctica que de ninguna forma soluciona el problema de identidad que sufre Nancy, ya que se apoya en la destrucción del *yo* que considera inauténtico, el cual es sustituido por un falso *yo* que se proyecta sobre personas y situaciones.

El miedo a no ser nada, a la aniquilación que desde niña persigue a Nancy, le impulsa, como medio de conservar su identidad, a reencarnarse en distintas personas en busca de una solidaridad que no puede alcanzar en su vida real.

La neurosis —conflicto entre el *yo* y el *ello*— de Nancy no es orgánica, sino psicosocial, y deviene en muchas ocasiones neurosis por conflicto del *yo* con el medio o mundo externo. Una forma de manifestarse su neurosis es refugiándose en un mundo irreal de personajes e incidentes imaginarios donde cree reencontrarse después de su fracasado intento por incorporarse a un mundo de valores destruidos (9). Al situarse fuera de su circunstancia, de la historia, cae en la actitud alienante de quererse buscar fuera de sí misma.

Respecto al extrañamiento de Nancy del mundo hay que señalar que las coordenadas históricas de *Segundo hemisferio*, las condiciones sociales determinan las causas de la alienación individual. La sociedad norteamericana de consumo (10) provee de un *habitat* ideal para el

ment, only so much aggression exists as is necessary to maintain the personality as a separate entity.» ANTHONY STORR: *The Integrity of the Personality* (Penguins Books Lts., 1970), pp. 56-57.

(8) «Como un proceso mental independiente, fundamental, la fantasía tiene un auténtico valor propio, que corresponde a una experiencia propia —la superación de una realidad humana antagónica. La imaginación visualiza la reconciliación del deseo con la realización, del individuo con la totalidad.» HERBERT MARCUSE: *Eros...*, p. 140.

(9) Analizando las características del neurótico, afirma CASTILLA DEL PINO: «Para tales personas la mejor forma de eludir la realidad y su variabilidad es hacerse su realidad y operar con ella de forma que jamás le decepcione. Lo más gratificador de la elaboración fantástica no estriba sólo en esto. Radica también en que, en el mundo así construido, el Yo es visto como protagonista. De modo que la gratificación que por este trabajo recibe el sujeto es triple: a) Huida de la realidad. b) Evasión hacia un mundo propio, gratificador. c) Seguridad del Yo en el mismo...» *Psicoanálisis y Marxismo* (Madrid. Alianza Editorial, 1969), página 178.

(10) Consumo incluso de la negatividad, de las no cosas: «Lo peor es esa manía del país riquísimo que nos está entrando, esa manía de comprar no cosas. Ahora compramos no-leche y no-cereales y no-grasas, cosas que los técnicos certifican como no-alimentos, y ya estamos comprando no-profesores, señores que son

nacimiento, desarrollo y conservación de neurosis, alienaciones y miedos. Toda la novela está llena de datos referentes a la invasión del mundo de los artefactos y a la influencia deshumanizante que éstos tienen sobre el individuo. El automóvil y la cabina telefónica —limitándonos a dos de los instrumentos más usados por los personajes de esta novela— se nos presentan en diversas ocasiones desempeñando la función inversa a la que están destinados: la incomunicación. En el coche Nancy realiza todos los actos sexuales, con los que inútilmente trata de superar su alienación individual, y en la cabina telefónica es el encierro donde trata de combatir su soledad escribiendo las memorias que puedan redimir parte de su pasado. Desde este retirado lugar también intenta inútilmente comunicarse con Arturo, creyendo que éste —otro solitario— puede ayudarla en su aislamiento, e ignorando que el ser auténtico está condenado a realizarse en su soledad.

En el hospital, Nancy trata inútilmente de superar el problema de su identidad y soledad con el psiquiatra, profesional cuya función consiste en establecer un diálogo entre la supuesta mitad sana del paciente y la mitad enferma, juego al que dócil y escépticamente se somete Nancy. «Este médico no fuma, después de la última campaña contra el cáncer. Sonríe. Pero yo estaba ya sonriendo, antes que él, enfrente de él. Sonreímos» (p. 171).

La destrucción a que conduce la alienación de la soledad, el sentimiento del existir anónimo lleva a Nancy a la consideración de la gratuidad del existir, del *estar de más* en un universo arbitrario y absurdo, donde ni el mismo suicidio tiene sentido: «No merece la pena ni el suicidio, porque cuentas y vales tan poco que ni siquiera va a notarse en nada tu desaparición aquí en este mundo o lo que sea, donde todo es tan superfluo y casual y sin sentido...» (p. 138). Al salir del hospital se encuentra Nancy con el mismo carácter de provisionalidad en la ciudad de Topeka y su primer pensamiento es dirigirse a la casa de Betty —la amiga con quien pasó un verano tratando de superar su incomunicación y nihilismo—, quizá porque esta joven simboliza algo fijo con lo que identificarse y poder combatir la invasión de soledad que sufre al abandonar el manicomio: «Nadie en los jardines ni en ninguna parte. Ni un alma por ahora» (p. 178). Nancy se encuentra finalmente libre, arrojada en el vacío e indistinto mundo,

tan importantes que ya no enseñan nada, ni tienen clase ninguna.» *En el segundo hemisferio*, p. 101.

El consumo dominical de la religión—como el de los productos alimenticios que se compran el viernes o sábado—es un tema al que se alude en la novela para explicar la alienación religiosa de Nancy: «vamos llegando para pasto del señor cura ese y para arrimarnos a los alemanes de la iglesia de enfrente. ¿Cómo se llamaba esa iglesia, Pete? Se me ha olvidado, porque hay tantas en la ciudad, en todas las ciudades de este estado, que propongo construyan un Supermarket-Superiglesia en el que cada uno elija lo que quiera, Pete.» *En el segundo...*, p. 93.

condenada a poner en juego su libertad, con la que no sabe qué hacer: «Es ahora cuando voy notando alegría al saberme libre, aunque no sé a dónde ir, ni qué hacer con mi cuerpo» (p. 178).

La incomunicación parece que va a ser rota cuando ve —en las últimas páginas del libro— una especie de jardín abierto por donde aparece una mujer pelirroja con un niño de la mano, produciéndose la siguiente escena: «La pelirroja debe de llevar mucho tiempo observándome disimuladamente. 'Soy blanca' —pienso—. 'Soy blanca'. Me empino yo también pisando el césped, y miro por encima de la panza de tierra cubierta de verdura.

—¿Quiere usted algo?

—No, muchas gracias.

—Ah, creí que buscaba usted a alguien —dice secamente la mujer.

Es una voz asustada, velada por el miedo, como la de cualquiera de nosotros en el hospital...» (p. 179).

El miedo a desposeerse y el temor ante el inhumano tono de voz de la desconocida le hace responder a su demanda «No, muchas gracias», a lo que la mujer responde con un seco, cortado y paradójico «Ah, creí que buscaba usted a alguien»; paradójico porque el drama de Nancy es que busca desesperadamente a alguien, pero de nuevo se da cuenta de que el mundo de fuera está lleno del mismo miedo y silencio alienatorio que el mundo de locos que acaba de dejar. Sigue, sin embargo, en su breve peregrinaje hacia el centro de la ciudad, centro del tornado, motivo central de su angustia para comprobar de una forma colectiva la alienación de sus semejantes: «Mis ojos tropiezan con los ojos y con las caras de la gente que pasa sin dejar rastro tampoco, sin dejar nada» (p. 183). Tanto la reacción individual de la mujer, como la del grupo, reflejan el triunfo del proceso inexorable de la mecanización de la relación humana en un mundo atomizado (11).

La desolación de Nancy alcanza su punto más dramático cuando se encierra en la cabina telefónica para, infructuosamente, buscar el nombre de Arturo, persona que si nunca ayudó a superar el sentimiento de soledad de Nancy, constituye la única realidad a la que ésta puede asociarse para salvar su identidad. Arturo es lo único que

(11) El tipo de asociación humana en que el individuo se da de una forma parcial, fragmentada (*Gesellschaft*) es la predominante en la sociedad atomizada de consumo y parece ser la forma de relación humana que prevalecerá: «So deep is the separation between man and man in *Gesellschaft* that everybody is by himself and isolated, and there exists a condition of tension against all others... The process which brings about the steady yielding of *Gemeinschaft* to *Gesellschaft* seems to be our fate. No escape or returns to *Gemeinschaft* (o relación humana donde la persona se da de una forma completa, total) is possible.» FRITZ PAPPENHEIM: *The Alienation of Modern Man* (Nueva York, Modern Reader Paperbacks, 1959), p. 67.

le queda para encontrar su mismidad en un mundo donde ha perdido todo. El hecho de que el nombre de éste no aparezca en la guía no invalida la voluntad de Nancy por encontrarse a sí misma, porque para hacerlo hay que encontrarse primero en los otros.

La alienación que sufre Nancy participa, pues, del carácter existencialista del desarraigo de la condición humana y es el resultado, o producto más acabado, de una sociedad que como proceso histórico ha creado unas condiciones que imposibilitan la relación del hombre con sus semejantes y consigo mismo.—*JOSE ORTEGA (8522 16th Av.) KENOSHA, Wis. 53140. USA).*